

señora Carnegie compartía los intereses filantrópicos de su esposo y, en un arreglo conyugal, formalmente aprobó su intención de dedicar la mayor parte de sus propiedades a obras de caridad y de educación.

Carnegie escribió "Wealth" en la biblioteca de su casa, situada en la calle West 51, número 5, en la ciudad de Nueva York. La envió a la *North American Review* en mayo de 1889. Después de recibir el manuscrito, el director de la revista, Allen Thorndyke Rice, visitó a Carnegie y le pidió leerlo en voz alta. Rice sólo sugirió un cambio: Carnegie había calculado que 900 de cada 1000 dólares gastados en obras de caridad eran un despilfarro; revisó esta cifra, y la dejó en 950 dólares.

El problema de nuestra época es la adecuada administración de la riqueza, de modo que los nexos de fraternidad puedan aún unir a ricos y pobres en una relación armoniosa. Las condiciones de la vida humana no sólo han cambiado, sino que se han revolucionado en los últimos siglos. En tiempos anteriores había poca diferencia entre la morada, el atuendo, el alimento y el medio del jefe y de sus seguidores. Hoy, los indios son lo que entonces era el hombre civilizado. Al visitar a los sioux, me llevaron a la tienda (wigwam) del jefe. En su apariencia exterior era exactamente como las otras, y aun adentro era insignificante la diferencia entre la de él y las de sus más pobres guerreros. El contraste entre el palacio del millonario y la cabaña del labrador entre nosotros puede medir, en la actualidad, el cambio que ha venido con la civilización.

Sin embargo, no hay que deplorar este cambio, sino considerarlo sumamente benéfico. Es conveniente, mejor dicho, es esencial para el progreso de la raza, que las casas de algunos deban ser los hogares de todo lo que es más elevado y mejor en la literatura y en las artes y en todos los refinamientos de la civilización, y no que nadie los tuviera. Mucho mejor es esta gran irregularidad que una miseria universal. Sin riqueza no puede haber mecenas. Los "buenos tiempos viejos" no fueron buenos tiempos viejos. Ni el amo ni el criado estaban tan bien como hoy. Una recaída en las viejas condiciones sería desastrosa para ambos —y no menos para el que sirve— y se llevaría consigo nuestra civilización. Pero que el cambio sea para bien o para mal depende de nosotros, está más allá de nuestro poder el alterarlo, y por tanto hay que aceptarlo y sacarle el mejor partido. Es pérdida de tiempo criticar lo inevitable.

Fácil es ver cómo ha ocurrido el cambio. Un ejemplo servirá para casi cualquier fase de la causa. En la fabricación de productos tenemos toda la historia. Se aplica a todas las combinaciones de la industria humana, estimulada y agrandada por los inventos de esta época científica. Los artículos de antaño eran fabricados en el hogar doméstico o en pequeños talleres que formaban parte del hogar. El maestro y sus aprendices trabajaban unos al lado de otros; estos últimos vivían con el maestro, y por tanto se veían sometidos a las mismas condiciones. Cuando esos aprendices llegaban a maestros, en su modo de vida había poco o ningún cambio, y ellos, a su vez, educaban en la misma rutina a los siguientes aprendices. Había en lo sustancial una igualdad social y hasta una igualdad política, pues quienes se dedicaban a la industria tenían poca o ninguna voz en el Estado.

El ensayo se reproduce tal como apareció originalmente en la *North American Review*, CXLVIII (1889), pp. 653-664.

ANDREW CARNEGIE RIQUEZA

1889

Comentado por Robert H. Bremner

"Wealth" [título original] apareció por primera vez en la *North American Review*, en junio de 1889. En ese año, Andrew Carnegie cumplió 50 años y celebró el LXV aniversario de su llegada a los Estados Unidos. En 1889, la fortuna de Carnegie era de cerca de 30 000 000 de dólares y su ingreso anual de casi 1 850 000 dólares. Era rico desde hacía 25 años, y todas las perspectivas indicaban que se haría aun más rico.

Carnegie reconoció una vez que si hubiese sido libre de elegir, nunca habría escogido una carrera en los negocios. Pero en 1848, en Allegheny City, Pensilvania, un pobre muchacho inmigrante, de Dunfermline, Escocia, no podía elegir su ocupación. "La pregunta era qué podía hacer —recordó Carnegie—. no qué deseaba". De manera característica en él, sacó el mejor partido de la situación. Procedía de una familia de artesanos y comenzó a trabajar siendo casi un niño, al igual que sus antepasados, que habían aprendido a tejer telas o a reparar zapatos. Carnegie, en sus empleos de juventud, aprendió a llevarse bien con la gente y a poner a trabajar el dinero. Antes de cumplir los 30 había aprendido y ganado lo suficiente para ser su propio patrón.

Gran capitalista, con insólito talento para las ventas y las relaciones públicas, Carnegie tenía el aspecto de un maestro artesano. Salvo en su juventud, nunca fue muy trabajador. Convirtió en práctica su costumbre de emplear a hábiles ayudantes y mantenerse a sí mismo libre de toda rutina. Vivía bien, se tomaba largas vacaciones y pasaba parte del día leyendo y en otras actividades recreativas. Como sus abuelos —a uno de ellos se le dio el mote de *el Profesor*, y otro se llamaba a sí mismo *el Zapatero Pensante*—, Carnegie dio por sentado que un hombre podía ejercer un oficio como forjar acero y, sin embargo, llevar una vigorosa vida intelectual.

Los años anteriores a la escritura de "Wealth" fueron de los más movidos en la vida de Carnegie. Durante el decenio de 1880, fortaleció su posición en la industria del acero, comenzó a hacer obras de caridad en gran escala, publicó tres libros, empezó a colocarse en periódicos, intentó convertir a Inglaterra al republicanismo, se interesó en el movimiento pacifista y cultivó amistad con John Morley, Herbert Spencer, Matthew Arnold y William Gladstone. En 1886, una enfermedad casi fatal y las muertes de su querido hermano y de su energética madre pusieron fin a una etapa de su vida. Otra comenzó en 1887 cuando, después de cortejarla durante siete años, se casó con Louise Whitfield.

Durante 25 años antes de 1889, Carnegie había estado tomando resoluciones privadas acerca de cómo disponer de su fortuna. En 1868 se había propuesto limitar su ingreso a 50 000 dólares anuales, gastar el resto en obras de beneficencia y, cuanto fuera posible, "dejar los negocios para siempre, salvo para otros". La

Pero el resultado inevitable de tal modo de fabricación eran unos artículos burdos a precios altos. Hoy, el mundo obtiene artículos de excelente calidad a precios que aun la generación anterior habría considerado increíbles. En el mundo comercial, causas similares han producido resultados similares y con ello se benefició a la humanidad. Los pobres gozan de lo que antes no podían permitirse ni los ricos. Los que eran lujos se han convertido en artículos de primera necesidad. Hoy, el labrador tiene más comodidades que el granjero de hace unas cuantas generaciones. El granjero tiene más lujos que los que tenían el terrateniente, y está mejor vestido y alojado. El terrateniente tiene libros y cuadros más raros, y gustos más artísticos de los que entonces podría tener el rey. El precio que pagamos por este cambio saludable es indudablemente grande. Reunimos a miles de operarios en la fábrica, en la mina y en la casa de contabilidad, de quienes el patrono sabe poco o nada, y para quienes el patrono es poco más que un mito. Toda relación entre ellos ha terminado. Se han formado castas rígidas y, como de costumbre, la mutua ignorancia engendra mutua desconfianza. Ninguna de las castas siente simpatía por la otra y está dispuesta a creer todo lo que pueda desacreditarla. Según la ley de la competencia, el patrono de miles se ve obligado a hacer economías más estrictas, entre las cuales ocupan un lugar predominante los salarios pagados, y a menudo hay fricción entre el patrono y el empleado, entre el capital y el trabajo, entre el rico y el pobre. La sociedad humana pierde homogeneidad.

El precio que la sociedad paga por la ley de la competencia, como el precio que paga por comodidades y lujos baratos, también es grande; pero las ventajas de esta ley son más grandes aun, pues a esta ley le debemos nuestro maravilloso desarrollo material, que trae consigo mejores condiciones. Pero, sea benigna o no la ley, debemos decir de ella, como decimos del cambio de condiciones de los hombres al que nos hemos referido: aquí está; no podemos evadirlo; no se han encontrado sustitutos para él; y aunque la ley a veces pueda ser dura para el individuo, es la mejor para la raza, porque asegura la supervivencia del más apto en cada departamento. Por consiguiente, aceptamos y recibimos con júbilo, como condiciones a las que debemos adaptarnos, la gran desigualdad del medio, la concentración de negocios industriales y comerciales en manos de las minorías, y la ley de la competencia, porque éstos no sólo son benéficos, sino esenciales para el futuro progreso de la especie. Habiéndolos aceptado, de ahí se sigue que debe de haber un gran espacio para el ejercicio de toda habilidad especial en el comerciante y en el fabricante, que tiene que emprender asuntos en gran escala. Este talento para la organización y la administración es raro entre los hombres, como lo prueba el hecho de que invariablemente vale a su poseedor enormes recompensas, en cualquier lugar y en cualesquiera leyes o condiciones. El hombre experimentado en negocios siempre considera al hombre cuyos servicios pueden ser obtenidos como socio, no sólo como primera consideración, sino de tal modo que la cuestión de su capital casi no es digna de consideración, pues tales hombres pronto crean alar. Esos hombres se interesan en empresas o corporaciones que pronto le salen alas. Esos hombres se interesan en empresas o corporaciones que requieren millones; y estimando tan sólo el simple interés que puede lograrse con el capital invertido, es inevitable que su ingreso deba ser superior a sus gastos y que acumulen riquezas. Tampoco existe un terreno intermedio que esos hombres puedan ocupar, porque la gran empresa manufacturera o comercial

que no obtiene, por lo menos, intereses sobre su capital, pronto cae en bancarrota. Debe avanzar o quedarse atrás: es imposible quedarse inmóvil. Es condición esencial para su buena operación que de esta manera sea muy lucrativa y aun que, además de los intereses sobre el capital, obtenga ganancias. Es una ley tan segura como cualquiera de las otras nombradas que los hombres que posean este peculiar talento para los negocios, de acuerdo con el libre juego de las fuerzas económicas, por necesidad reciban pronto más ingresos de los que juiciosamente podrían gastar por sí mismos; y esta ley es tan benéfica para la especie como las demás.

No vienen al caso objeciones de ningún tipo a los fundamentos en que se basa la sociedad, porque el estado de la especie está mejor con ellos de lo que había estado con otros que ya se han probado. No podemos estar seguros del efecto de ninguno de los nuevos sustitutos propuestos. El socialista o anarquista que trata de derribar las condiciones actuales debe ser considerado como alguien que ataca el fundamento en que se basa la civilización misma, pues la civilización se puso en marcha el día mismo en que el trabajador capaz y laborioso dijo a su compañero, incompetente y perezoso: "Si no siembras, no cosecharás", y así terminó el primitivo comunismo, separando a los zánganos de las abejas. Todo el que estudie este tema llegará pronto a la conclusión de que de lo sagrado de la propiedad depende la civilización misma: el derecho del trabajador a sus cientos de dólares en el banco de ahorro, e igualmente el derecho legal del millonario a sus millones. Por tanto, a quienes proponen sustituir este intenso individualismo por el comunismo, la respuesta es: la especie ya lo ha probado. Todo avance desde aquellos días bárbaros hasta la actualidad ha resultado de su desplazamiento. No un mal sino un bien ha logrado la especie de la acumulación de riqueza por quienes tienen la habilidad y la energía que la produce. Pero aun si por un momento reconociéramos que podría ser mejor para la especie rechazar su actual fundamento, el individualismo, que es un ideal más noble que el hombre deba trabajar no sólo para sí mismo, sino en la fraternidad de sus semejantes y para ella, y compartir con ellos todo en común, realizando la idea que Swedenborg tenía del Cielo, donde, como dice, los ángeles no obtienen su felicidad de trabajar para sí mismos, sino para todos los demás; aun reconociendo todo esto, una respuesta suficiente sería: 'Esto no es evolución, sino revolución. Implica el cambio de la propia naturaleza humana, una labor de eones, aun si fuera bueno cambiarla, lo que no podemos saber. Y no es practicable en nuestros días o en nuestra época. Aun si teóricamente fuera deseable, pertenece a otro estrato sociológico, que tardará mucho en sucedernos. Tenemos un deber para lo que hoy es practicable; con el próximo paso posible, en un día y una generación. Es criminal desperdiciar nuestras energías esforzándonos por desarraigar, cuando todo lo que posiblemente o con provecho podríamos lograr sería inclinar el árbol universal de la humanidad un poco en la dirección más favorable a la producción de buenos frutos en las circunstancias existentes. Igualmente podríamos pedir la destrucción del tipo existente de hombre porque no ha alcanzado nuestro ideal, como favorecer la destrucción del individualismo, la propiedad privada, la ley de acumulación de la riqueza o la ley de la competencia; pues éstos son los resultados más altos de la experiencia humana, la tierra en que la sociedad, hasta ahora, ha producido los mejores frutos. Desigual o injustamente, como estas leyes a veces operan, e imperfectas, como le pa-

recen al idealista, son, no obstante, como el tipo superior del hombre, lo mejor y más valioso de todo lo que la humanidad hasta ahora ha realizado.

Hemos empezado, pues, en un estado de cosas que promueve los mejores intereses de la especie, pero que inevitablemente lleva riqueza a una minoría. Hasta aquí, aceptando las condiciones tal como existen, se puede analizar la situación y declararla buena. La pregunta que surge —y si lo anterior es correcto, es la única pregunta que hemos de responder—: ¿cuál es el modo apropiado de administrar la riqueza, después de que las leyes en que está fundada la civilización la han puesto en manos de una minoría? Y a esta pregunta creo yo poder darle la solución auténtica. Debe comprenderse que aquí se habla de fortunas, no de sumas moderadas, ahorradas con muchos años de esfuerzo, cuyos rendimientos son requeridos para el comfortable mantenimiento y educación de las familias. Esto no es riqueza, sino tan sólo competencia, adquirir la cual debe ser objetivo de todos.

Sólo hay tres modos en que se puede disponer de un excedente de riqueza. Se puede dejar a las familias de los finados, o se puede legar con propósitos públicos, o, por último, se puede administrar durante la vida de sus poseedores. Según el primero y el segundo modos se ha aplicado la mayor parte de la riqueza del mundo que ha llegado a las minorías. Ahora, consideremos cada uno de estos modos. El primero es el menos juicioso. En los países monárquicos, las tierras y la mayor parte de la riqueza se dejan al hijo primogénito para halagar la vanidad del padre, con la idea de que su nombre y su título descenderán, intactos, a generaciones sucesivas. La condición de esta clase en la Europa actual nos enseña la inutilidad de esas esperanzas o ambiciones. Los sucesores se han empobrecido por sus locuras, o por la baja del valor de la tierra. Hasta en la Gran Bretaña la estricta ley del mayorazgo ha resultado inadecuada para mantener la situación de una clase hereditaria. Y sus tierras están pasando rápidamente a manos extrañas. En las instituciones republicanas es mucho más justa la división de la propiedad entre los hijos, pero la pregunta que se impone a los hombres sensatos de cualquier país es: ¿por qué los hombres han de dejar grandes fortunas a sus hijos? Si esto se hace por cariño, ¿no será un cariño mal entendido? La observación nos enseña que, en términos generales, no es bueno para los hijos encontrarse con esas cargas. Tampoco es bueno para el Estado. Además de dejar a la esposa y a las hijas unas moderadas fuentes de ingresos y unas asignaciones realmente moderadas, si es que algunas, para los hijos, los hombres bien pueden vacilar, pues ya no es discutible que las grandes sumas legadas a menudo causen más mal que bien a quienes las reciben. Los hombres sabios concluirán pronto que, para el mejor interés de los miembros de sus familias y del Estado, tales legados constituyen un uso impropio de sus medios.

No se está sugiriendo que quienes no han podido educar a sus hijos para ganarse la vida deban dejarlos en la pobreza. Si alguien ha considerado apropiado educar a sus hijos con vistas a que lleven vidas ociosas o —lo que es realmente recomendable— les ha inculcado el sentimiento de que se encuentran en posición de esforzarse para alcanzar fines públicos, sin referencia a consideraciones pecuniarias, entonces desde luego el deber del padre es ver que esos hijos sean bien provistos, pero con moderación. Hay ejemplos de hijos de millonarios que no fueron corrompidos por la riqueza, que siendo ricos siguen prestando grandes servicios a la comunidad. Tales son la verdadera sal de la tierra, tan valiosos como desgraciadamente raros. Y sin embargo, no es la excepción sino

la regla la que los hombres deben tomar en cuenta y, contemplando el resultado actual de dejar enormes sumas a los herederos, el hombre reflexivo debe decir pronto: "antes dejaría a mi hijo una maldición que el omnipotente dólar", y reconocerá, asimismo, que no es el bienestar de los hijos sino el orgullo de familia el que inspira estos enormes legados.

En cuanto al segundo modo, el de dejar la riqueza al fallecer con propósitos públicos, puede decirse que sólo es un medio para disponer de la riqueza, siempre que un hombre se contente con aguardar a estar muerto antes de hacer algún bien en el mundo. Y los resultados de tales legados no ayudan a inspirar las más brillantes esperanzas de que se logre mucho bien póstumo. No escasean los casos en que no se alcanzó el objeto buscado por el testador, ni hay pocos en que se hayan frustrado sus auténticos deseos. Muchas veces los legados sólo se emplean para volverse verdaderos monumentos a su insensatez. Conviene recordar que se requiere el ejercicio de no menor habilidad que aquella con que se adquirió la riqueza para utilizarla en tal forma que sea auténticamente beneficiosa a la comunidad. Además, justo es decir que nadie debe ser elogiado por hacer lo que no podía dejar de hacer, ni debe la comunidad dar las gracias a quien sólo a su muerte deja riquezas. Quienes de esta manera legan grandes sumas bien pueden considerarse como hombres que no habrían dejado nada si hubiesen podido llevarse todo consigo. Su recuerdo no puede quedar en una agradecida remembranza, pues en sus dones no hubo la menor gracia. No es de sorprender que tales legados generalmente carezcan de toda bendición.

La creciente disposición a fijar impuestos cada vez mayores a las grandes posesiones legadas al morir es alentadora indicación de un cambio saludable de la opinión pública. El estado de Pensilvania toma ahora —con algunas excepciones— un décimo de la propiedad dejada por sus ciudadanos. El presupuesto presentado el otro día ante el Parlamento británico propone aumentar el impuesto testamentario; y, lo más revelador de todo, este nuevo impuesto habrá de ser graduado. De todas las formas de impuesto, ésta me parece la más sabia. A los hombres que continúan amasando grandes sumas durante toda su vida, cuyo uso apropiado para fines públicos haría un bien a la comunidad, se les debe hacer sentir que la comunidad, en forma de Estado, no puede ser privada de su parte debida. Al gravar pesadamente las fincas, al morir, el Estado muestra que está condenando la vida indigna del millonario egoísta.

Es recomendable que las naciones vayan mucho más lejos en esta dirección. En realidad, sería difícil fijar límites a la parte de la posesión del hombre rico que, a su muerte, deba llegar al público por intermediación del Estado, y por todos los medios esos impuestos deben ser graduados, comenzando desde nada de impuesto a las sumas moderadas a los dependientes, y aumentando rápidamente conforme aumentan las cantidades, hasta que de las arcas del millonario, como de las de Shylock, al menos

...La otra mitad

Será para las arcas privadas del Estado

Esta política induciría poderosamente al rico a atender a la administración de la riqueza durante su vida, que es el fin que la sociedad siempre debe tener a la vista como el más fructífero para el pueblo. Tampoco hay que temer que esta

política socave la raíz de las empresas y haga que los hombres tengan menos interés en acumular, pues entre la clase cuya ambición es dejar grandes fortunas y que se hable de ella después de la muerte, despertará aún más atención y en realidad será una ambición un tanto más noble tener enormes sumas que serán pagadas al Estado por sus fortunas.

Así pues, sólo queda un modo de utilizar las grandes fortunas; pero en esto tenemos al verdadero antídoto de la distribución temporalmente desigual de la riqueza, la reconciliación de los ricos y los pobres —un reinado de la armonía—, otro ideal, que difiere en realidad del comunista, que sólo requiere mayor evolución de las condiciones existentes, y no el total derrocamiento de nuestra civilización. Se funda, hoy, en el individualismo más intenso, y nuestra especie está dispuesta a ponerlo en práctica, por grados, en cuanto le plazca. Bajo su égida tendremos un Estado ideal, en que el excedente de riqueza de las minorías se convertiría, en el mejor sentido, en propiedad de las mayorías, porque, administrado para el bien común, y pasando esa riqueza por manos de las minorías, puede llegar a ser una fuerza mucho más poderosa para la elevación de nuestra especie que si hubiese sido distribuida en pequeñas sumas al pueblo. Hasta los pobres pueden llegar a ver esto y convenir en que las grandes sumas reunidas por algunos de sus conciudadanos y gastadas con propósitos públicos, de las que las masas obtienen los principales beneficios, son más valiosas para ellos que si se hubiesen distribuido entre ellos en el curso de muchos años, en cantidades insignificantes.

Si, por ejemplo, consideramos los resultados que da el Instituto Cooper, para la mayor parte de los ciudadanos de Nueva York que no poseen medios, y los comparamos con los que habrían surgido para bien de las masas si una suma distribuida por el señor Cooper durante su vida en forma de salarios (que es la más alta forma de distribución, pues se hace por trabajo hecho y no por caridad), podemos hacer cierta estimación de las posibilidades para mejorar la especie que están en la actual ley de la acumulación de riquezas. Gran parte de esta suma, de ser distribuida en cantidades pequeñas entre el pueblo, se habría gastado en satisfacer apetitos, otra parte en excesos, y puede dudarse de que aún la parte que recibiera mejor uso —el de aumentar las comodidades del hogar— hubiese dado resultados para la especie —como especie— que fuesen comparables a los que están resultando y que seguirán fluyendo del Instituto Cooper, de generación en generación. Que los abogados del cambio violento o radical mediten bien sobre este pensamiento.

Podemos ir tan lejos que tomemos otro ejemplo, el del legado del señor Tilden, de cinco millones de dólares, a una biblioteca gratuita en la ciudad de Nueva York; pero al referirme a esto no puedo dejar de decir, involuntariamente, ¡cuánto mejor hubiese sido si el señor Tilden hubiese dedicado los últimos años de su vida a la administración apropiada de esta inmensa suma! En ese caso, ni pugnadas legales ni ninguna otra causa de retraso habrían obstaculizado sus fines. Pero supongamos que los millones del señor Tilden finalmente se convierten en el medio de dar a esta ciudad una noble biblioteca pública, donde los tesoros del mundo contenidos en libros se abrirán a todos para siempre, sin dinero y sin ningún precio. Considerando el bien para esa parte de la especie que se congrega en la isla de Manhattan, ¿se habría promovido mejor su beneficio permanente si se hubiera permitido que esos millones circularan en pequeñas sumas

por las manos de las masas? Hasta el más radical partidario del comunismo deberá tener dudas al respecto. Y la mayoría de quienes piensan probablemente no albergará la menor duda.

Pobres y limitadas son nuestras oportunidades en la vida, estrecho nuestro horizonte, imperfecta nuestra mejor obra; pero los ricos deben estar agradecidos por una bendición inestimable. La llevan en el poder, durante sus vidas, de ocuparse en organizar beneficios de los que las masas de sus congéneres obtendrán verdaderas ventajas, y así dignificarán sus propias vidas. La vida más alta probablemente pueda alcanzarse no por tal imitación de la vida de Jesucristo como nos la enseña el conde Tolstoi, sino, animados por el espíritu de Cristo, en reconocer las modificadas condiciones de esta época y adoptar modos de expresar este espíritu que sean apropiados a las modificadas condiciones en que vivimos; en laborar por el bien de nuestro prójimo, que fue la esencia de su vida y su enseñanza. Pero esforzándonos de otra manera distinta.

Así, esto considero que es el deber del hombre de riqueza: primero, poner un ejemplo de vida modesta, sin ostentaciones, evitando toda ostentación o despilfarro; subvenir moderadamente a las legítimas necesidades de quienes dependen de él; y después de hacerlo, considerar todo excedente de ingreso que le llegue simplemente como un fideicomiso que él fue llamado a administrar y está estrictamente obligado, como deber, a administrar de la manera que, a su juicio, sea la mejor para dar los resultados más benéficos a la comunidad. De este modo, el hombre de riqueza se convierte en simple agente y fideicomisario para sus hermanos más pobres, poniendo a su servicio su superior sabiduría, experiencia y capacidad de administrar, haciéndolo para ellos mejor de lo que ellos lo harían o podrían hacerlo.

Encontramos aquí la dificultad de determinar cuáles son las sumas moderadas que debe dejar a los miembros de la familia; qué es una vida modesta y sin ostentaciones; cuál es la prueba del despilfarro. Tiene que haber diferentes normas para diferentes condiciones. La respuesta consiste en que es imposible nombrar cantidades exactas de acciones, como lo es definir los buenos modales, el buen gusto o las reglas del buen comportamiento. No obstante, éstas son verdades bien conocidas aunque indefinibles. El sentimiento público pronto nota y siente lo que las ofende. Así ocurre en el caso de la riqueza. Se aplica aquí la regla respecto al buen gusto en el vestir de hombres y mujeres. Todo lo que se hace notar ofende un canon. Si una familia es conocida sobre todo por sus derroches, por sus extravagancias en el hogar, la mesa, el equipaje, por enormes sumas gastadas ostentosamente en sí misma... si éstas son sus principales distinciones, no tenemos ninguna dificultad para estimar su naturaleza o su cultura. Así, de manera similar ocurre en el uso o el abuso de su riqueza excedente, o de su generosa y abundante cooperación para buenos usos políticos, o efectos incansables para acumular hasta lo último, ya sea que administren o leguen. El veredicto sigue en manos del sentimiento público más ilustrado. La comunidad sin duda juzgará, y su juicio a menudo no será erróneo.

Ya se han indicado los mejores usos que pueden darse al excedente de riqueza. Quienes lo administran sabiamente deben ser en realidad sabios, pues uno de los graves obstáculos a la mejora de nuestra especie es la caridad indiscriminada. Mejor fuera para la humanidad que los millones de los ricos fuesen arrojados al mar que gastarlos en alentar al perezoso, al ebrio, al indigno. De cada

mil dólares gastados en la llamada caridad actual, es probable que se gasten imprudentemente 950; que se les guste, en realidad, para producir los males mismos que se proponían mitigar o curar. Un conocido escritor de libros de filosofía reconoció hace poco que había dado un cuarto de dólar a un hombre que se le acercó cuando él iba a visitar a un amigo a su casa. No sabía nada de las costumbres de este vagabundo; no sabía el uso que daría a su dinero, aunque tenía todas las razones para sospechar que lo gastaría indebidamente. Este hombre declaraba ser discípulo de Herbert Spencer; y sin embargo el cuarto de dólar dado esa noche probablemente producirá más daño que el bien que pueda hacer todo el dinero que su imprudente donador pueda hacer en obras de caridad. Simplemente satisfizo sus propios sentimientos, se evitó una molestia, y ésta fue probablemente una de las acciones más egoístas y peores de su vida, pues en todos los aspectos es persona muy digna.

Al hacer una obra de caridad, la consideración principal deberá consistir en ayudar a quienes se ayudan a sí mismos; ofrecer parte de los medios por los que, quienes desean mejorar, puedan hacerlo; dar a quienes deseen aumentar la ayuda por la que pueden subir; ayudar a hacer, pero rara vez o nunca hacerlo todo. Ni el individuo ni la especie se mejoran dando limosnas; los que son dignos de ayuda, salvo en raros casos, rara vez necesitan ayuda. Los hombres verdaderamente valiosos de nuestra especie, salvo en casos de accidente o de súbito cambio, nunca lo hacen. Desde luego, cada quien conoce casos en que una ayuda temporal puede hacer un bien auténtico, y no los pasamos por alto. Pero la cantidad que sabiamente puede dar el individuo al individuo por necesidad es limitada, por su desconocimiento de las circunstancias relacionadas con cada quien. El único auténtico reformador es el que tiene tanto cuidado de no ayudar a los indignos como de ayudar a los dignos, y tal vez más aún, porque al dar limosna es probable que se cause mayor daño recompensando el vicio que ayudando a la virtud.

Vemos así que el rico se ve casi limitado a seguir los ejemplos de Peter Cooper, Enoch Pratt de Baltimore, el señor Pratt de Brooklyn, el senador Stanford y otros, quienes saben que el mejor medio de beneficiar a la comunidad es poner a su alcance los peldaños por los cuales puedan ascender los hombres con aspiraciones: parques y medios de recreo, que ayuden a los hombres en cuerpo y alma, obras de arte, que seguramente causarán placer y mejorarán el gusto público, e instituciones públicas de diversas clases, que mejorarán el estado general del pueblo. De esta manera, devolver su riqueza excedente a las masas de sus congéneres en las formas mejor calculadas para causarles un bien duradero.

Así debe resolverse el problema del Rico y del Pobre. Dejad actuar libremente a las leyes de la acumulación; libres las leyes de la distribución. El liberalismo continuará, pero el millonario sólo será un fideicomisario del pobre; se le habrá confiado durante una temporada una gran parte del aumento de riqueza de la comunidad, pero lo administrará para la comunidad mucho mejor de lo que ella lo haría por sí misma. Así, los mejores cerebros han llegado a una etapa en el desarrollo de la especie en que puede verse claramente que no hay modo de disponer del excedente de riqueza que dé crédito a hombres serios y sesudos, en cuyas manos fluya, salvo utilizándolo, año tras año, para el bien general. Este día ya está amaneciendo. Pero durante un tiempo y aunque, sin incurrir en la piedad de sus congéneres, los hombres puedan morir siendo accionistas de

grandes empresas de negocios, de las cuales no se puede o no se ha retirado capital, generalmente, a la muerte, es legado para usos públicos, sin embargo el hombre que muere dejando tras de sí millones de riquezas disponibles, que tenía que administrar durante su vida, fallecerá "sin que lo lloren, lo honren ni le canten", cualesquiera que sean los usos a los que dejó lo que no pudo llevarse consigo. De éste, el veredicto público será: "el hombre que así muere rico, muere sin honor".

Tal es, en mi opinión, el verdadero Evangelio respecto a la Riqueza: la obediencia a quien está destinado a resolver un día el problema del Rico y del Pobre, y traer "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". ♦

En junio de 1889, la señora Carnegie envió un ejemplar de "Wealth" a Gladstone, con una nota que decía: "Creemos haber encontrado el verdadero camino —es el que nos proponemos recorrer— y si le gusta a usted seremos muy felices". A petición de Gladstone, W. T. Stead reprodujo el artículo en la *Pall Mall Gazette*, dándole el nombre por el que desde entonces se le conoce: "El Evangelio de la riqueza". Publicado después en Inglaterra, como panfleto con valor de un penique, frecuentemente reconocido y muy comentado en revistas y periódicos en ambos lados del Atlántico, el "Evangelio" valió a Carnegie una fama mayor de la que hasta entonces había disfrutado.

Carnegie continuó su estudio sobre la creación y el empleo de la riqueza en "The Best Fields for Philanthropy", publicados en la *North American Review* en diciembre de 1889. Volviendo a afirmar que "la gran riqueza debe fluir inevitablemente a las manos de los pocos excepcionales administradores de hombres", hizo sugerencias más específicas para dar uso público a la riqueza privada. Parques, salas de conciertos, órganos, baños y edificios eclesiásticos le parecieron proyectos filantrópicos apropiados. A los grandes donadores en particular recomendó establecer o dotar a universidades, institutos técnicos, bibliotecas, observatorios, hospitales, escuelas de medicina, laboratorios "y otras instituciones dedicadas a aliviar el sufrimiento humano, y especialmente la prevención, más que la cura de los males humanos".

Los críticos de la época encontraron poco que objetar al consejo de Carnegie a los filántropos. Sin embargo, comentaristas norteamericanos y británicos refutaron la opinión de Carnegie sobre el origen de la riqueza. "Nuestras grandes fortunas norteamericanas", declaró Albert Shaw en 1893, "son producto de oportunidades sociales, y no del simple poder creador de sus detentadores". Un clérigo inglés, Hugh Price Hughes, que escribía en 1890, negó que los millonarios fueran resultado natural de la empresa industrial. El libre comercio, las tierras libres y un impuesto progresivo sobre la renta, dijo Hughes, impedirían la acumulación de fortunas privadas absurdamente grandes y potencialmente peligrosas. Carnegie, según su costumbre, adoptó de buen grado muchos de los argumentos de sus críticos. En escritos posteriores, aunque elogiando aún el juicio y la capacidad de los "grandes administradores", prestó mayor atención a las bases sociales de la riqueza, y en 1908 dijo sin ambages: "La comunidad creó la riqueza del millonario".

Después de la huelga de Homestead de 1892, los principios de Carnegie y sus prácticas filantrópicas fueron un tanto ridiculizadas, aunque aún encontraban

amplio apoyo. En *Socialism for Millionaires* (1896), observó George Bernard Shaw: "A menudo damos, como objeto público, un dinero que debiéramos dedicar a elevar los salarios... o a sustituir dos turnos de doce horas por tres de ocho". El señor Dooley, creación de Finley Peter Dunne, el crítico más persistente de Carnegie, hizo una parodia del Evangelio: "El que da a los pobres, según dicen, da al Señor; pero en estos días, buscamos pronto rendimiento de nuestras inversiones". Sin embargo, confesando admiración y afecto a su adversario, el señor Dooley observó en 1906 que Carnegie estaba dando como les gustaría dar a todos: "Cada vez que suelta un dólar, éste hace un ruido como el de un camarero que cayera escaleras abajo con una bandeja llena de platos".

El evangelio de la riqueza, como lo formuló Carnegie en 1889, exigía que los poseedores de un excedente de riqueza dispusieran de su botín durante sus propias vidas. Durante el decenio siguiente, Carnegie siguió repitiendo, de palabra y obra, la responsabilidad personal del donador por seleccionar y supervisar los objetos apropiados para la filantropía. Después de 1901, cuando se retiró de los negocios con un capital de 250 millones, y un ingreso anual de 12 500 000, ya no bastó la letra del evangelio. El modo tradicional de dar, aun en la escala que él durante tanto tiempo había practicado, ya no resolvía su problema. Su riqueza era excesiva para que nadie la administrara durante el tiempo normal de una vida humana. La solución de Carnegie consistió en crear una serie de fideicomisos perpetuos, para apoyo de la educación, la investigación científica, la paz internacional y otras causas que a él le interesaban. A la más grande de sus fundaciones, la Carnegie Corporation, de Nueva York, le dio 125 millones de dólares y la parte no distribuida de sus fincas, de modo que pudiera hacer a perpetuidad lo que había intentado durante su vida: dar en forma sabia y productiva para impulsar las ventajas culturales, fomentar el conocimiento y promover el bienestar humano.

"Wealth" es un documento del siglo XIX; las fundaciones que llevan el nombre de Carnegie y que han servido de modelo para tantas otras son producto del siglo XX. Tan ávido de éxitos en la filantropía como en los negocios, Carnegie era receptivo a nuevas ideas y, con ayuda de los distinguidos invitados que frecuentemente agasajaba, se mantuvo al tanto de la opinión de los expertos en toda una variedad de esferas. El curso que acabó por seguir en la filantropía se apartó en algunos aspectos importantes del camino que él mismo había trazado en 1889. Con su práctica ulterior, enmendó y dignificó el evangelio proclamado en "Wealth". Esforzándose, como había dicho, con el espíritu de 1889, pero esforzándose de otra manera, Carnegie inventó y utilizó métodos de dar que eran apropiados a sus medios, a las modificadas condiciones de la época y a las necesidades del futuro.